
CONFERENCIA VII.

EL MAHOMETISMO.

Orígenes del mahometismo.—Nace el día en que el catolicismo se detiene.—La unidad de Dios manifestada por tres veces en el desierto.—El Corán y la Biblia.—Allah cumple las amenazas de Jehová.—El islamismo explicado por la arquitectura árabe.—La mezquita.—La Alhambra.—Espíritu de terror.—El Oriente antiguo, espanto del Oriente moderno.—El Corán, un monólogo de Dios.—¿En qué difiere el islamismo del cristianismo; realizase instantáneamente en las instituciones políticas?—La propiedad.—La mujer.—El esclavo.—¿Cuál fué la misión de Mahoma?—¿Porqué la sociedad de Mahoma permanece inmóvil?—Impotencia del catolicismo para concluir la guerra del Corán y del Evangelio.—Francia y Argelia.

En el momento en que el papado, hácia el tiempo de Gregorio el Grande, apoderándose de la dictadura espiritual, cierra autoritariamente la discusión de las ideas y de los dogmas, parece que es completa la victoria del catolicismo. Las nuevas naciones han aceptado, sin exámen, el yugo del catolicismo; el paganismo ha muerto. ¿De dónde ha de partir en adelante el peligro

ó siquiera la resistencia? Escápase á la mas sagaz penetracion. El jefe de la cristiandad debió creer llegados los tiempos de la unidad universal. Fué aquel un hermoso dia para la Iglesia y para el mundo.

Alegría prematura; porque no bien pareció terminado el dogma é interrumpido el movimiento del espíritu, la mitad del mundo rompe la alianza. Ideas que se creia bastaba condenar como muertas, sin necesidad de nuevas discusiones, se levantan de pronto enfrente de la cristiandad, con gran asombro del Occidente, formando en el mahometismo una religion rival. El papado se apresuró á cerrar demasiado pronto el círculo de las cosas religiosas: la mitad del mundo no tenia en él cabida. El dia mismo en que el espíritu, en Occidente, quiere reposar en el pasado, sin añadirle nada, aparece el islamismo; se habia puesto el sello en las escrituras declarando que ningun poder las aumentaria en una línea; por única respuesta, una raza humana busca un nuevo libro y lo encuentra en el Coran.

Abandonemos por un momento la acusacion de fraude, de engaño; por sí sola no bastará á explicar nunca el milagro de esos pueblos que, dispersos desde su origen en el desierto, se reunen instantáneamente, como si hubieran oido la trompeta del ángel Gabriel. Eran al principio un puñado, una tribu; en algunos años serán un mundo, que va á caer sobre otro mundo,

¿Por qué poder fué resucitada esa raza que se creia extinguida desde el tiempo de los patriarcas?

Por la autoridad de un libro que, poseia y realidad, á la vez, precipita á todos los miembros de la tribu, de la nacion, en un éxtasis moral semejante al del hombre á quien fué inspirado. Algunos versículos, algunos himnos, hélo aquí todo; pero cada uno de esos versículos refleja una accion; cada uno de esos himnos desciende de los cielos que habita el alma de la raza árabe. Remontémonos á ese primer momento de donde surgió el destino del Oriente moderno. Considerad la situacion actual del Oriente: Asia acosada de todos lados por pueblos misioneros; Francia imponiéndose una santa mision en Argel; nunca fué tan necesario como hoy el penetrar imparcialmente en el espíritu y en el alma del Coran.

Un gran hecho domina á todos los demás. Por tres veces la misma raza de hombres anuncia al mundo la ciudad de Dios en el judaismo, el cristianismo, el mahometismo. Bajo el punto de vista humano, Moisés, Jesus, Mahoma, son de la misma familia. Y como si la alianza por la sangre no fuera bastante clara, observad, os ruego, que por tres veces la idea de la unidad pura de Dios se revela, resplandece en el mismo lugar, en el mismo desierto de Arabia ó de Siria; allí donde la naturaleza se ha abolido á sí misma, En medio de aquellas

soledades eternamente vacías, el pensamiento de Dios no se muestra al hombre bajo ninguna imágen, puesto que faltan todas igualmente. Ni fuentes, ni ríos que adorar; ningún bosque sagrado que oculte el misterio. Sin dejar huella en la arena, sólo el espíritu visita y recorre el desierto, en medio del silencio del universo consternado.

Mientras que en todas partes se fabrica el mundo Dioses visibles que puede oír y palpar, las ciudades del desierto, Jerusalen y la Meca, permanecen fieles al espíritu eternamente solitario. Jehovah, Allah, sin otra compañía que su sombra, sin morada fija, con la palabra de fuego, llevan ambos sobre su frente el sello, ó por mejor decir, el temperamento del desierto.

Si el Dios de Mahoma es en su principio el Dios de Moisés, si uno y otro tienen impreso el mismo sello; sin embargo, ya aperebireis en lo que difieren. Jehovah es el Dios de los Hebreos; ha elegido un pueblo privilegiado entre todos; trata de destruir, no de convertir á los demás. Donquiera se detiene, hace en torno suyo un desierto social: su pueblo era muy débil para darle el imperio del mundo; se contenta con separarle de los infieles, vive en el aislamiento. Bastante milagro es el conservarse á los pies de los colosos de Caldea, de Egipto, de Pérsia. Espera con paciencia el porvenir.

Muy distinta es la política de Jehovah renovada por Mahoma. En primer lugar no es ya el

Dios de ningún pueblo en particular: su afección no se limita á una tribu ni á una raza. Es ya el Dios del género humano. Por otra parte, ¡ved cuánto ha cambiado la tierra en torno suyo! Anteriormente se veía abrumado por los imperios idólatras que le rodeaban; ahora esas cadenas han caído. Persia, Caldea, Egipto no le asedian, no le estrechan: las barreras que le cercaban se han desplomado por su propio peso. ¿Qué resulta de estos enormes cambios? Que si en la antigüedad estaba reducido á defenderse, en adelante puede atacar. Aislábase en la ley de Moisés, se difunde al exterior en el islamismo. Largo tiempo contenida en los muros de Jerusalen, su cólera se desborda por toda el Asia: pronuncia el entredicho, no solamente sobre el país de Canaan, sino sobre todo el Oriente. Allah va á cumplir la larga amenaza de Jehovah.

Tal es el lazo del judaismo y del islamismo; de lo que resulta que la condición de la nueva revelación es la conquista. Es necesario purificar por la santa cólera de la espada la tierra largo tiempo manchada con las impurezas del pasado: es imposible penetrar en el carácter del mahometismo, si no lo referis á la ley de Moisés; porque lleva en su seno las iras, las amenazas, toda la herencia de cólera de los profetas. Así su revelación estalla en el grito de las batallas; su paraíso está á la sombra de las espadas; toma sus parábolas del movimiento de los combates; por sacerdocio tiene la cimitarra; su libro de la ley

es la proclamacion del Dios de los ejércitos.

Si quereis contemplar en la piedra y el mármol el verdadero pensamiento del islamismo, fijad los ojos conmigo en una Mezquita: elijo la de Córdoba, porque la he visitado con detenimiento y porque, construida en la época de esplendor del mahometismo, no hay otra que sea imágen tan fiel del Coran. Los altos muros coronados de almenas y torres militares son la defensa propia de una fortaleza; es la casa de Sevahot, de la divinidad de las batallas. Por encima de la ciudadela sagrada elévase el minarete, llevando á las nubes la centinela de Dios. Aproximaos á ella, ¡qué portico tan erizado! Las almenas y troneras de esas torres de defensa estan construidas por ángeles de cólera; armados de su carcax color de fuego, aguzan en silencio sus flechas de oro. Todo es amenazador como la víspera de un combate eterno. Pero atreveos á franquear esa puerta misteriosa; penetrad en el recinto y en la intimidad de Allah: ¡qué cambio! ¡qué dulzura! ¡qué oasis de innumerables columnas! Os estraviais en ese bosque de palmeras de troncos de mármol. Al ver esas bóvedas que se lanzan unas sobre otras sin apoyo, diriais que sus piedras no se mantienen inmóviles hace siglos sino por el poder de la palabra y el milagro del Coran. Nuestras catedrales fundadas sobre un mismo pensamiento en lo exterior y en lo interior, tienen la sublimidad de la armonia; por dentro y por fuera su fisonomía es la misma. Pe-

ro hay tambien una magestad soberana en esa brusca transicion de los recuerdos de las batallas á la paz inmutable de los bosques celestes; parece que despues de haber pasado bajo la bóveda de espadas os encontrais en el jardin de Allah.

Diré de la Alhambra algo parecido. Este monumento que despierta tantos sueños os pasma por el mismo contraste. Levantad los ojos hácia la cumbre de esas altas colinas: esas torres macizas, esos bastiones enormes sin ningun ornamento, esas ciudadelas erizadas, severas, que nada alegre, ¿son acaso el palacio encantado de donde se exhalan los perfumes de tantos poetas?

No veo otra cosa, repito, que la faz irritada del génio de la guerra. Pero al atravesar esa puerta medio oculta, la mudanza no es menos instantánea que en la mezquita: los muros esmaltados de flores de los oasis, las fuentes saltando á cada paso, esa arquitectura que, por decirlo así, teje en torno vuestro la morada de los sueños, las palabras de *felicidad, felicidad, felicidad*, escritas y bordadas en las paredes al lado de estas, *solo Dios es vencedor*, esa soledad embalsamada, ese murmullo perpétuo del agua, esos pabellones, esos *tocadores* que se abren sobre jardines de limoneros y de naranjos, de vez en cuando un rumor que sube de Granada como un recuerdo de la tierra; todo este tesoro de delicias que roba á los ojos el Dios celoso del Oriente, como la perla en su nácar, ¿no es la imágen

realizada del paraiso del Islam? Es al ménos la del paraiso del Coran. Como la Alhambra, tiene la frente de soldado, el corazon de ángel, oculta sus promesas y su cielo detrás de una barrera de amenazas y de muerte.

Representaos el sentimiento de espanto elevado á su colmo, consagrado por las tradiciones de la Biblia, persiguiendo á los vivos como á los muertos, á los ángeles como á los hombres, convirtiéndose para siempre en el principio no sólo de la tierra, sino del universo entero, y concebireis como el horror del juicio final está pintado en el Coran con rasgos tan vivos que dejan muy atrás las invenciones del Dante y de Miguel-Angel. Encontrais allí, en la realidad misma, ese estremecimiento, ese crugir de dientes de que habla la Biblia. El dia irrevocable se aproxima; la hora se acerca, he aquí las palabras que más frecuentemente resuenan. Los cabellos de los niños blanquean de espanto; los cielos se hienden de pavor. Pero en ese mundo de terrores hay envuelto un mundo de delicias: los bienaventurados, al borde de las fuentes, aperciben de lejos á los condenados: los extásis de los santos se avivan con la vista del infierno: voluptuosidad que confina con el suplicio. Hasta en medio de la alegría de los ángeles se desliza un resto de espanto. En la Alhambra, la sala del asesinato de los Abencerrages con sus grandes manchas de sangre, linda con las bóvedas embalsamadas de la sultana querida Linda-Raja: mezcla que constituye

el fondo de toda la vida musulmana. Despues, toda la tierra es tomada por testigo y hay juramentos de cólera como no podia conocerlos el antiguo testamento: «Juro por las tempestades; juro por las nubes preñadas del rayo, por los caballos rápidos, por el monte Sinaí, por el libro inspirado, por el templo visitado, por la mar espumosa, que el castigo se acerca, que está encima.»

¿Sabeis además de que argumento formidable se servía el profeta? Recurría á una prueba visible que faltaba en gran parte al Occidente; mostraba (1) á los pueblos del Oriente moderno las ciudades arruinadas del Oriente antiguo, las ciudades sin nombre, las de las grandes columnas, cuyos pueblos habian sido lapidados por los ángeles. Tambien ellas habian rehusado oír al profeta, y habian sido arrebatadas por los vientos como ramas de palmera, ó mezcladas como la paja seca á la arcilla. Confesemos que este lenguaje era elocuente en la vecindad de las ruinas de Babilonia, de Persépolis, de Tiro, cuando Mahoma podia añadir: ¿No habeis, pues, recorrido el país? ¿No lo habeis visto con vuestros propios ojos? Esas sociedades, esas naciones se decian unas á otras viendo á la nube alzarse sobre sus valles: «Es una nube, nos trae la lluvia. ¡No, es la tempestad! os trae el castigo.» (2)

(1) Coran, VII, 30, XIX, 97, XXII, 44. LXI, 14, etc

(2) Coran, XLVI-23.

De este modo, la naturaleza consternada del desierto lleva el sello del temor y dá por sí misma testimonio del islamismo. Los esqueletos de las antiguas sociedades, desparramados en la arena, se hierguen y hablan por el profeta presente. Mahoma espanta al mundo moderno á la vista del mundo antiguo; hace de esas ruinas misteriosas, de esas ciudades sepultadas en el fondo de los lagos, otros tantos seres que asedian á los vivos; por lo que se explica la maravilla de que un inmenso terror se haya apoderado de los pueblos en presencia de aquellas vastas moradas desiertas, que abrian en cierto modo la primera escena del juicio final. ¿Dónde estaban los que las habian habitado? Creíase oír ya el rumor de la cadena de setenta codos que los sujetaban á Satan. De aquí el sentimiento de premura, de precipitación, que es uno de los rasgos mas salientes del Coran. Puesto que los signos son tan elocuentes, tan palpables, no hay que detenerse en discurrir ni buscar el dogma, es necesario obrar. Las antiguas murallas se desploman, va á sonar la trompeta. Volviendo contra el Oriente todo su pasado para amedrantarlo ¿es raro que los pueblos se hayan lanzado apresuradamente á sus caballos para demorar la hora funesta? Si miraban atrás, veían el aspecto de los pueblos muertos arastrados por los cabellos en el camino del infierno, y aceleban su carrera.

Olvidad por un momento con el siglo XIX el cristianismo mismo. No veais en torno vuestro

sino el desierto que, por todas partes, en las ruinas, eriza de pavor; que mensajeros rápidos os traen uno despues de otro los juramentos de cólera del Dios nuevo; figuraos que estais, no reunidos en ciudades, en que podeis interrogaros, consultaros, instruiros recíprocamente, sino diseminados en vastas soledades, y que recibis en ellas, aisladamente, la misma noticia del último dia que se aproxima ¿estais seguros de que vuestro corazon, vuestro espíritu, no acabaría por conmoverse?

El mismo espíritu pasa del libro de los musulmanes á su historia, y explica la diferencia que hay entre las invasiones de los Bárbaros y las de los Arabes. Los Bárbaros se empujan unos á otros durante cinco ó seis siglos: ávidos de poseer una tierra que sólo á ellos pertenece, se detienen donde la encuentran, se establecen y arraigan en ella. Pero las invasiones orientales tienen un carácter distinto. Dios impulsa y espolea sus caballos. ¡La hora apremia, el dia se aproxima! grito de espanto que mañana y tarde repite el Coran. Es preciso franquear montes y rios sin detenerse en parte alguna, correr de Pérsia á los Pirineos, de los Pirineos á la India, y poner toda la tierra ántes del dia irrevocable bajo la autoridad de Allah. Por eso la historia árabe se consume en una jornada.

No basta decir que la unidad de Dios constituye el fondo del Coran; se trata de ver que especie de sublimidad le presta esta doctrina apli-

cada en todo su rigor. Su primera consecuencia es que el profeta, el mediador, desaparece, para no dejar hablar sino á Dios. De ahí el tono, la expresion única que distingue al Coran de todos los libros religiosos del mundo; es verdaderamente un monólogo de Dios.

Si abro la Biblia, el Evangelio ó las Epístolas hallo siempre las palabras de Jehovah ó de Cristo referidas por un hombre, un relato. Siempre un hombre entre Dios y yo, decia Rousseau. Por el contrario, en el Coran, el discurso celeste no pasa por ningun órgano intermedio; se ostenta en lo infinito: Dios conversa en la soledad y discute consigo mismo, se pregunta, se contesta, comenta desde lo alto de las nubes sus antiguas Escrituras, formúlase en su desierto las objeciones de los incrédulos, no las resuelve, las reúne, las recoge como una venganza. Se regocija anticipadamente representándose el último dia. Soliloquio que sin ser nunca interrumpido por la voz de una criatura, tiene al mundo por eco. «Gritaremos al infierno ¿estás lleno? Y él responderá; No; hay todavía impios.» Este monólogo fermenta así en los cielos como una tormenta que pesa sobre toda la superficie de la tierra, sin dirigirse á un lugar, á un pueblo, á un hombre más bien que á otro. A veces hay en él una familiaridad sublime, «De qué conversan? [De la gran noticia, del dia inevitable, de la Resurreccion.]»

Lo creeriais el hálito jadeante del desierto.

La tempestad se pasea rugiente sobre el mundo. Todos los puntos estan amenazados; ninguno señalado ni herido todavía. Al fin, el discurso que todo lo envolvía, se detiene, estalla, descarga la cólera divina sobre un hombre, una ciudad, la Meca, Medina, alguna vez el profeta mismo. Cuanto mas tiempo ha estado suspendida la palabra, mas terrible es el golpe. Y no es esta una rareza del Coran, es el espíritu de cada una de sus palabras sin excepcion. Tantos capítulos (tiene más de ciento), tantos monólogos de Allah. Todo el universo se calla y se oculta bajo la arena; el profeta mismo enmudece; la raza árabe que pasa por el desierto se detiene y oye ese discurso, mezclado de interrogaciones y de pausas, rodando con estrépito sobre su cabeza. La humanidad sorprende por casualidad, en medió de las soledades el secreto del Eterno. He aquí la originalidad y lo sublime del libro de Mahoma.

En lo que acabo dedecir estan implícitamente contenidas las relaciones del profeta con Dios. Mahoma recibe el mandato sin provocarlo. No es el hijo, es el esclavo de Allah. Si *el libro de la evidencia*, como se llama al Coran, hubiese contenido relatos, se habria podido negarlos; doctrinas, parábolas, habrian sido discutidas. Pero no se discuten, se obedecen en medio de la pelea de las cosas humanas, órdenes precisas, mandatos militares. Era esto cortar por lo sano el principio de la discusion. El profe-